

Manuel Rodríguez, símbolo de Chile *

Juventud de Rodríguez.—El hombre político.—El héroe popular.—Sus astucias criollas.—Rodríguez y O'Higgins.—Rodríguez y la Logia Lautarina.—Asesinato de Rodríguez.—Tiltil y Rodríguez.



L pueblo, siempre certero al apreciar a los hombres que lo representan en la evolución de una nacionalidad y al cual llegan desfigurados los acontecimientos políticos, el pueblo, niño grande e imaginativo, que deforma el hecho histórico y lo adapta a lo que su ingenua fantasía quería que fuese, más que a lo que los hechos han sido realmente, prohija a Rodríguez desde los primeros momentos de su actuación en la lucha de la Independencia como uno de los suyos, lo abandona en ciertos momentos y lo incorpora definitivamente en su martirologio anónimo después del trágico fin del guerrillero en Tiltil.

Toma, entonces, el corrido popular, es decir, la fantasía de los poetas y cantores a Rodríguez por su cuenta y lo eleva a la categoría de los héroes que lucharon por el campesino anónimo o por el roto de los arrabales urbanos o de las minas coloniales.

Y hay, ensamblados en un solo personaje, dos hombres en Rodríguez: el héroe chileno, despojado casi de atributos reales y el héroe histórico, insuficientemente estudiado y algo diverso del personaje legendario.

* Atenea, n.º 198, diciembre de 1941, pp. 339-358.

El Rodríguez histórico, aunque simpático por la impetuosidad de su temperamento, es un hombre inquieto y turbulento, inagotable fraguador de motines, murmurador perpetuo de los actos gubernativos y de los hombres que gobiernan y esta actividad disolvente tenía que chocar con el carácter disciplinado de O'Higgins, educado a la inglesa y heredero del espíritu de orden de su padre.

Nunca el descendiente de españoles, el criollo puro, con su inquietud racial se vió más claramente en pugna en América frente al descendiente de anglosajones, como entre Rodríguez y O'Higgins.

Y el Rodríguez popular, canonizado, por decirlo así, junto al brasero donde se calienta el mate, en la alegría gritona de la trilla o en la dorada esplendidez de las vendimias del valle central, tiene la aureola santificada del mártir y mucho de la vida perdurable de los santos y héroes sagrados.

Su altar lo elevó el pueblo en Tiltil, a la vera de un gregoso camino de la cordillera de la costa y se le encendieron velas por más de medio siglo, hermano en la igualitaria concepción popular, del bandido muerto trágicamente en el campo y por eso mismo, grato a la misericordia divina.

Durante años, los arrieros y pequeños propietarios de la comarca pidieron a Dios, por intervención del guerrillero asesinado, la salud de sus mulas y la multiplicación de sus cosechas.

Y quizá, conectando al Rodríguez real con el Rodríguez legendario, pudiera hallarse la exacta comprensión de su personalidad.

El pueblo agrandó la parte positiva de su temperamento, la audacia, la astucia, la generosidad, el espíritu de sacrificio sin compensación inmediata, por un ideal, porque ellas coincidían con el arquetipo que sus almas ingenuas habían creado como una dignificación, precisamente, de los aspectos poco comunes en ellos mismos.

Y la historia ha insistido, quizá, en demasía, en estos últi-

mos tiempos, época propicia al escándalo, al iconoclastismo, a novelar con disfraz de ensayo hechos históricos, la inclinación rebelde e insubordinada de Rodríguez, tan de manifiesto en su entrevista con O'Higgins, poco antes de su muerte y cuyo origen está en la altanera virilidad de su carácter, acentuada en él desde colegial.

Rodríguez fué un español, un celtíbero, un descontento, sin lugar a dudas; pero en su descontento había el germen de un ideal que no logró concretarse objetivamente ni en el político ni en su vida social.

Desde niño, su recia masculinidad de jefe de banda se manifestó reuniendo muchachos, desarrapados o decentes, en las márgenes del Mapocho, por el lado de la Cañada, donde había proyectiles en abundancia para los duelos de piedras de una orilla a otra, anticipo de las guerrillas que más tarde dirigiría.

No fueron, seguramente, los atildados hijos de encomenderos o comerciantes coloniales, sus compañeros en el Colegio Carolino, los que lo acompañaban en sus correrías peligrosas, a lo largo del cauce del Mapocho, sino los hijos de artesanos y chacareros, cuyos potreros o viñedos llegaban a las mismas orillas del río.

Así se conectó Rodríguez con el pueblo y esta conexión no logró romperse jamás en la vida del guerrillero.

A los chapetones, a pesar de pertenecer a su clase, los ridiculizó y los odió siempre. Había en este odio un resentimiento económico, pues su familia no tenía bienes de fortuna (su padre era un modesto empleado colonial) y las familias de sus camaradas de colegio poseían, en cambio, vastas extensiones de tierra o tiendas que rendían a sus dueños pingües ganancias.

Tal desequilibrio, el ridículo afán de esos ricachones por comprar títulos y crear en el Santiago colonial, una caricatura de la Corte de España, se identificó con esa reyecía decadente que para obtener dinero vendía títulos nobiliarios, sembrando condes y marqueses por los campos de Chile, sin preocuparse

para nada de la masa de mestizos que iba creciendo como una marea en todos los países de Hispanoamérica.

El primer germen de rebeldía debió prender, entonces, en su alma de niño precoz.

Su calidad de becado en el Colegio Carolino, como quien dice estudiante de limosna, lo hacía sentir en carne viva su inferioridad de pobre vergonzante, pues los jesuitas, diplomáticos sin escrúpulos (*Ad-mayoren Dey Gloriam*) adulaban a los hijos de los señores coloniales, respaldados por el sonante tintineo de las peluconas, guardadas en arcas y bargueños.

La calle colonial, que las acequias animaban con el rumor de su corriente, tuvo para el joven alumno de los jesuitas un atractivo singular. Allá debió encontrar en los pililos de bonete maulino y faja roja, sus primeros adeptos. Allí ejerció sus tempranas condiciones de caudillo y en contacto con los camaradas de correrías, se afilaran para siempre las garras de su astucia ingénita.

Entre sus compañeros del Colegio Carolino estaba don José Miguel Carrera, tan audaz y desprejuiciado como él, pero la situación social y la fortuna colocaron a Carrera en la condición de jefe, de director de movimientos.

El destino los unió, aun en la tragedia, aunque Rodríguez después del desastre de Rancagua y ante San Martín en Mendoza, con un claro sentido del porvenir, abandona a su amigo y ayuda eficazmente al caudillo de Cuyo en la preparación del ejército que debía invadir a Chile.

Termina Rodríguez sus estudios secundarios en el Convictorio Jesuíta y se matricula en las cátedras de Derecho de la Universidad de San Felipe.

Su vida en esa época de adolescente es callada y opaca. Poco se sabe de sus ideas y correrías: sin embargo, puede suponerse que los abusos del Gobernador García Carrasco, sus negociados escandalosos y sus prevaricaciones abusivas, debieron despertar en su alma varonil y justa, la indignación como a la

mayoría de los verdaderos patriotas de ese tiempo, don Juan Antonio Rojas, por ejemplo, recién llegado de Francia, y en cuyas tertulias, cada noche, las ideas de libertad se hacían más claras y amenazadoras.

Hace la vida de un señorito de su época. Frecuenta, siguiendo sus gustos naturales, las chinganas de los arrabales de Santiago y visita a las petorquinas, famosas cantoras en el Santiago de aquel tiempo.

La doble personalidad de Rodríguez es, quizá, el rasgo característico de esta época de su vida.

Por un lado, busca amores fáciles entre las chinas o mujeres del pueblo. Le agrada la remolienda con arpa y guitarra, y la tonada criolla, hija de la canción española con modalidades chilenas.

Monta a caballo como un huaso, al hombro la manta colorada y en el talón la espuela de resonante rodaja. Corre vacas en la medialuna y quizá topea en el varón, frente a la rama campesina. Une así, los dos aspectos típicos de Chile: el roto arrabalero y el huaso chabacano, la ciudad y el campo, como era lógico en la vida chilena de entonces.

Y este acercamiento del señorito al pueblo, es ya la primera piedra de su popularidad futura; pues, al llevar la vida de rotos y de huasos, debió emplear, incluso, su propio lenguaje en el cual era ya práctico.

En el otro aspecto, en el de la vida social, asiste normalmente a sus clases y aun intenta reemplazar a los profesores de Derecho Canónico y Civil de la Universidad de San Felipe. Da la impresión de que busca, sin inquietud política, los medios burgueses de obtener un sueldo seguro, como cualquier estudiante de cualquier tiempo, que le permita vivir holgadamente y continuar su vida de calavera o de salón. No aparece la mujer en su juventud ni más adelante. El amor no le interesó como le interesó a Carrera. Es un realista y posiblemente un

decepcionado ante la insignificancia de las señoritas santiaguinas de esos tiempos, limitadas e incultas.

Su predilección está por la hembra elemental y sana, sin prejuicios. La comilona criolla, los guisos de la tierra, fuertemente condimentados de ají y regados por el buen vino de Aconcagua en los baratillos del Puente de Cal y Canto, en las carcajadas de los huasos que vienen de los campos y los cocheros de los birlochos que llegan, envueltos en polvo, por las primitivas carreteras coloniales.

En su rostro ovalado, de clara cepa española, en el suave matiz de su piel y en sus ojos pardos, dormita una sensualidad de meridional que debió exteriorizarse en una palabra abundante y pintoresca, donde el chiste de tipo chileno ponía su punzante pique de ají, tostado al sol.

La aventura del señorito que cambia su frac dieciochesco por el poncho color greda y por el atavío multicolor del huaso, simboliza el espíritu de la época del español y del chileno, y del hispano-americano, en general.

En el teatro del siglo de oro, Lope y Tirso multiplicaron en sus comedias de capa y espada, los casos de una dama que para seducir a su amado se disfraza de moza de cántaro o del señor que se finge villano y viste sus toscas hopalandas para acercarse a la mujer que ama. Está en el romanticismo de la raza la complicación sexual.

El señorito, vestido de campesino, inquieta a la damisela de crinolina, pintándole las peripecias de su vida de calavera y ante la china, la hembra primaria, exhibe un matonismo de similar, retórico, de bandido caballero que la china acepta, porque hay un evidente embrujo sexual en mostrar un cinismo de roto o un humorismo de huaso con unas manos blancas y un rostro sonrosado, donde el sol y el trabajo no han impreso su huella morena.

En esta duplicidad de su vida encuentro yo la causa de su fracaso como político y como hombre; un exceso de astucia, en

el cual hay desprecio por los que lo rodean que, a fin de cuentas, se percatan de que no son amigos leales sino instrumentos de un fin que no logró realizarse.

De este modo, se hará sospechoso a los maleantes con los cuales convive en las noches y a los hombres de su clase que oyen su palabra encendida y temen los inesperados arranques de su temperamento.

Su propio amigo Carrera, primero, y luego O'Higgins y San Martín mismo, su defensor leal, en el momento más crítico de su vida.

* * *

En 1811 llega el «Standard», buque inglés, a Valparaíso. Viene a bordo el Sargento Mayor de Húsares de Galicia, don José Miguel Carrera.

Elegante y audaz, poco respetuoso de España que acaba de conocer a fondo, Carrera se apodera, con sus hermanos y amigos, del Cuartel de Artillería e inicia, en realidad, una nueva etapa de la vida chilena.

Los antiguos condiscípulos del Colegio Carolino se unen para luchar contra la rancia y españolizada oligarquía colonial.

Saben que los terratenientes santiaguinos, sobre todo la poderosa familia de los Larraín, van a combatirlos con los medios que la fortuna y la influencia de clase les pueden suministrar, entre ellos la franca actitud antirreligiosa de Carrera, poderoso argumento de un pueblo de raíz profundamente católica.

Rodríguez, y en esto es preciso ver su conocimiento del pueblo, se opone al mismo Carrera, cuando éste, sin escrúpulos, intenta una dictadura militar con poderes omnímodos.

El sentido federalista del fuerte Penco (Concepción) es una de las razones por las que Rodríguez se opone a Carrera, su condiscípulo y amigo, y el propio Carrera en su Diario Militar,

confiesa que Rodríguez y sus partidarios legalistas quieren alejarlo del mando y llevarlo al extranjero, como después O'Higgins quiso hacerlo con el propio Rodríguez.

Los hombres serios, amigos de Carrera, miran a Rodríguez como un hombre corrompido, los rozistas, sobre todo, contemporizadores y graves, a quienes asusta el concepto de un cambio radical en la vida social de Chile, expuesto por Rodríguez en el proceso que se le instauró a raíz de su arresto.

En 1814, Rodríguez y Carrera se reconcilian.

A pesar de la derrota del improvisado ejército del Chile independiente en el sitio de Chillán (el barro y la lluvia fueron sus adversarios más que las balas españolas) Carrera, ayudado por Rodríguez, vuelve a Santiago y mantiene el poder en sus manos.

En el nuevo Gobierno, Rodríguez es el secretario.

El desastre de Rancagua pone, de hecho, fin a la Junta Militar presidida por Carrera, y éste, con el dinero del tesoro, va hacia Mendoza a través de la cordillera.

En pesadas carretas, los partidarios de la República llevan sus muebles y cargas de plata, entre gritos de carreteros, picaneando a sus bueyes o en el lento desfilar de los arreos de mulas, en los senderos a medio trazar de la cuesta de Chacabuco y de la cordillera.

Mendoza adquiere, de improviso, un carácter esencial en la América austral. La enorme cordillera, con la indiferencia de sus cumbres nevadas, es su protección y su símbolo, en la muda potencia de sus macizos azules. San Martín la convierte en la ciudad de la Independencia.

Allí se moldea un nuevo concepto de patria, en el cual el huaso emigrado y el gaucho de la pampa, mezclan sus peculiaridades guerreras.

San Martín es otro dictador, pero su dictadura tiene una orientación más segura y más práctica para argentinos y chile-

nos, para el futuro de estos países, que las luchas locales de Carrera.

Su genio político, su capacidad militar se exteriorizan en actos familiares, en astucias criollas que gana voluntades y encauza la idea primordial que su cerebro ha concebido.

León, mezclado de zorro, procede a veces como jefe y otras como un gaucho cualquiera, dueño de campo y de tropillas de caballos. Y no se olvida que, junto al carácter militar de su empresa hay que mostrar, ante el dominador de la tierra, inconsciente partidario del rey, la peculiaridad de América, heredera de España, pero distinta de ella por sus posibilidades políticas y económicas.

Carrera, a pesar de los arranques generosos de su temperamento, de su claro concepto de la libertad de Chile, se encastilla en un gesto altanero de señor de la tierra, quisquilloso e indisciplinado, que lo lleva, poco a poco, a sus románticas correrías pampeanas de Pichi Rey.

Dentro de la férrea disciplina de San Martín, un hombre así puede comprometer el éxito de la futura campaña y por eso es eliminado, como más adelante el propio Rodríguez y Neira, útiles en un instante de la República.

Rodríguez no sigue a Carrera en sus intrigas mendocinas. Su clara visión de las cosas lo inclinó hacia San Martín que, en cierto aspecto, tiene también algo de su inclinación a las innatas cualidades de la masa popular de América.

En Mendoza sigue su vida santiaguina. Cambia el sabroso vino de Colchagua por los agrios mostos de Mendoza y las cazuelas criollas, coloreadas de ají, por el asado con cuero de los gauchos. Y no es difícil trocar la china arisca de los campos chilenos por la criolla de ojos mansos y largas trenzas oscuras de la pampa.

Pero en su vida alegre y dispendiosa, florece como una rosa viva su amor a Chile. Chile es no el señorío colonial, mezquino y cruel, sino la alegría de la campiña ubérrima, el canto de los

zorzales y diucas y la alegría de las fiestas en las ramadas y chinganas. Tiene su tierra, para él, mucho de hembra fuerte y generosa.

San Martín se da cuenta, con ese agudo sentido humano que lo caracterizó, de lo que vale este criollo nervioso y ágil, en cuyos ojos pardos sonrío la inteligencia y palpita la vida. Y de esta confianza que San Martín deposita en él, nace el guerrillero, es decir, el aspecto más positivo de Rodríguez como hombre de la Independencia y como símbolo de Chile.

Una astucia lo protege. San Martín hace creer a todos que Rodríguez y él son enemigos irreconciliables, lo cual era fácil de concebir, en vista de su vieja amistad con los Carrera.

Toda la astucia absorbida en su contacto con los hombres del pueblo y el conocimiento que tiene de los estrechos senderos de Chile y del espíritu de huasos y señorones santiaguinos, lo emplea en burlar las patrullas españolas en sus frecuentes viajes por la cordillera, en mula y a caballo, cerciorarse del estado de las tropas peninsulares y darse cuenta del profundo odio que San Bruno, con sus atropellos y persecuciones, ha despertado en todas las clases sociales.

Frente al peligro se desarrollan en Rodríguez las más inesperadas y astutas soluciones.

Sorprendido inesperadamente en un campo del valle central por un piquete de Talaveras, se mete en el cepo del fundo y se finge borracho. El oficial le da un puntapié, irritado ante las vagas respuestas de ebrio.

Humilde lego de convento, duerme su siesta en un valle cordillerano, bajo el bochorno del sol estival, como lo ha pintado en un poema Pezoa Véliz.

Vendedor de frutas, plenos sus capachos de brevas jugosas y de duraznos de sabrosa pulpa, recorre las calles y conversa con soldados y hombres del pueblo.

Vestido de harapientas huilas de roto ciudadano, se acerca a la calesa de Marcó del Pont (celeste y oro) y, humilde, abre

la portezuela para que descienda el grotesco personaje que gobierna a Chile.

Acto de audacia sin par, pues Marcó del Pont había ofrecido mil pesos por la cabeza del guerrillero, que, con prodigiosa rapidez, ayudado por Neira, asaltaba a Melipilla y aniquilaba a una patrulla de Talaveras en las cercanías de Santiago, estratagema que vuelve a repetir en uno de sus viajes por Uspallata, al ser sorprendido, próximo a Chile, por un oficial español.

Bajo sus harapos de roto trae cartas de San Martín y papeles de importancia. Responde con humorístico cinismo al interrogatorio del oficial y se ofrece, desenfadado, a ayudar a unos presidiarios que componen en ese instante el camino cordillerano.

Así, la ágil astucia de Rodríguez une al Ejército Libertador que crece y se disciplina en Mendoza, con los patriotas de Chile, amordazados por la tiranía de Marcó del Pont.

No menos ingeniosa es su unión con el famoso Neira, el bandido de los llanos de Cumpeo y capitán de la Partida del Alba, a quien conquista para la patria con el asentimiento de San Martín, autorizándolo a asaltar con su banda a los españoles, dueños de haciendas y a los criollos realistas.

Pero la idea genial de Rodríguez y lógicamente su afortunada realización, en la cual le ayudan Neira y el Cenizo, es hacer creer a Marcó del Pont que el ejército patriota, por lo menos en su mayor parte, va a entrar a Chile por el Boquete del Planchón, en Curicó.

Es la época más fructífera de su vida. Se acostumbra en tal forma a ella que, en adelante, no le va a interesar otra. Hará de su vida una guerrilla peligrosa, en la cual caerá definitivamente.

Rodríguez no alcanza a madurar políticamente. Su vida azarosa es sólo preparación para el futuro. Alba resplandeciente, sin mediodía ni ocaso. O'Higgins tenía razón al suponer que,

ampliada su cultura en Europa, sería útil a la República en formación.

En el fondo, hay en Rodríguez un resentimiento indudable. Y este resentimiento lo acompaña en todos sus actos posteriores.

Quiere a Chile como patria, siéntese bien junto a la sencillez del hombre del pueblo, pero por la clase alta y media manifiesta un desprecio profundo, sobre todo por esta última.

En una carta que se conserva de él, dice de la clase media:

«Es torpe, vil, sin sistema, sin valor, sin educación y llena de la pillería más negra».

Y de la clase alta:

«La nobleza es tan inútil y mala como el estado medio, pero llena de buena fe y de reserva hacia el enemigo común; más tímida, falta de aquella indecente pillería, no le encuentro otro resorte que presentarle diez mil hombres a su favor, cuando no tengan tres en contra».

Y termina con un sentido político que anticipa a Portales: «a Chile no le encuentro más remedio que el palo».

Hay en estas singularísimas cartas, que un milagro del tiempo ha conservado, una curiosa ternura romántica por la mujer chilena, la misma que exalta la obra de Blest Gana, gran psicólogo de la vida chilena.

«Aunque la generalidad de la gente es sin sistema, dice, sin constancia ni resorte, cada mujer de las escogidas vale por todos los hombres juntos».

En esta misma época asalta Rodríguez la Tesorería Real de Melipilla y reparte tres mil pesos, entre los bandidos y huasos que lo han ayudado en la empresa.

Las armas que ocultamente han pasado los arrieros por los boquetes cordilleranos se ocultan en los desvanes de las casas santiaguinas y en las bodegas de los fundos, a cargo de patriotas escogidos por el propio Rodríguez. Son semillas de rebelión arrojadas al surco de la libertad por San Martín, y Ro-

dríguez es el que ha arado pacientemente la tierra donde van a fructificar.

Sin él, la victoria patriota se habría retardado o habría sido de mucho más difícil ejecución.

Hay, en este momento único de su vida, tal derroche de inteligencia y de dinámica realización que lógicamente se piensa en un presentimiento, en una voz del destino que lo impulsa a aprovechar todos los momentos disponibles como si temiera un descalabro próximo de su vida.

En tal forma se compenetra con los elementos populares, rotos, bandidos y huasos leales, en sus multiformes correrías y asaltos, que el pueblo se identifica con él y los propios tipógrafos de la Gaceta del Rey, al hablar de sus hazañas, cambian intencionalmente las frases y donde se habla de España como *madre inmortal* ponen *madre inmoral*, y donde el guerrillero aparece como *hombre inmoral*, el cajista dice *inmortal*, lo que prodoca el castigo del obrero con seis días de prisión en el Presidio de Santa Lucía.

Y con elementos dispersos, los que aparecen en las conscientes equivocaciones del tipógrafo o cajista o con el antropomorfismo primitivo de la clase baja, la patria va tomando, no el aspecto de un militar, cargado de galones o de un letrado de peluca y casaca de seda, sino el de una mujer amada, como en la Edad Media, en la ingenua cuaderna vía de Berceo o en las cantigas del Rey Sabio, es la Virgen María, símbolo de ternura y dispensadora de gracia.

Y ante la represión de los Talaveras que persiguen y castigan toda rebeldía, de hecho y de palabra, la patria nueva que va a nacer en Chacabuco será la Panchita, con el nombre de una mujer cualquiera, amante abnegada, que lo mismo cocinará en la olleta de greda un valdiviano como abrazará con sus brazos morenos, tostados por el sol y el trabajo, al amado ocasional.

Y al gritar a voz en cuello, después de una remolienda en

la chingana: ¡Viva la Panchita!, el grito tendrá tal color de rabia y de venganza que San Bruno y Morgado pensarán en la oculta amenaza que se encierra en la misteriosa palabra.

* * *

Rodríguez maniobra con Neira en los alrededores de San Fernando, cuando se sabe la derrota de Maroto en Chacabuco y la prisión de Marcó que no alcanza a embarcarse en el bergantín «San Miguel», fondeado en San Antonio.

Rodríguez se apodera de la huasa San Fernando. La entrega como botín a sus aliados bandoleros y es tal el cúmulo de saqueos y atropellos (incluso el robo de la plata del Real Tesoro) que O'Higgins se ve obligado a tomar medidas para asegurar la tranquilidad de la región.

Rodríguez aduce una razón, que los montoneros, hábiles colaboradores de la victoria de Chacabuco, tienen perfecto derecho a resarcirse con los bienes de los hacendados realistas, saqueados en el valle central.

Es el primer choque efectivo entre el criollo libre y el disciplinado anglosajón.

El dinero es devuelto a sus dueños, pero Rodríguez se opone al gobierno de O'Higgins y reanuda sus conspiraciones, defendiendo el derecho de los Carrera a dirigir la República.

O'Higgins corta el mal de raíz.

El capitán Cajaravilla, representante del Gobierno en Curicó, notifica a Rodríguez que se le ha ordenado llevarlo a Santiago. El Director Supremo quiere hablar personalmente con él.

La memorable entrevista fué presenciada por don José María de la Cruz y es él quien la relata:

—Rodríguez, le dice O'Higgins, usted no es capaz de contener el espíritu inquieto de su genio y con él va tal vez a colocar al Gobierno en la precisión de fusilarlo, pues que teniendo al enemigo aun dentro del país se halla en el deber de evi-

tar y cortar los trastornos a todo trance. Es aun usted joven y madurando su talento puede ser muy útil a la patria, mientras que hoy le es muy perjudicial; por lo tanto, será mucho mejor que Ud. se decida a pasar a Norte América o a otra nación de Europa, donde pueda dedicarse a estudiar con sosiego las nociones de su profesión, sus instituciones, etc., para lo que se le darán tres mil pesos a su embarque para pago de transportes y mil pesos todos los años para su sostén.

En cualquiera de esos puntos puede prestar servicios a su patria y aun cuando no estamos reconocidos, podrá dársele después credencial privada de agente de este Gobierno.

Frente a esta clara y concreta proposición de O'Higgins la altanería del guerrillero responde mordazmente:

—Usted ha conocido, señor Director, perfectamente mi genio. Soy de los que creen que en esto de los Gobiernos republicanos deben cambiarse cada seis meses o cada año a lo más, para que de este modo nos probemos todos, si es posible y es tan arraigada esta idea en mí, que si fuera Director y no encontrase quien me hiciese revolución, me la haría yo mismo. ¿No sabe usted que también se la traté de hacer a mis amigos los Carrera?

—Ya lo sé, responde O'Higgins y es por eso que quiero que se vaya afuera.

—Bien, pues, asiente Rodríguez, pero póngame en libertad para prepararme.

—No, le replicó el General, porque marchará arrestado hasta ponerlo a bordo, pues estando comunicado puede hacerlo desde el arresto.

Por última vez, el criollo levantisco y el enérgico hombre de Estado van a cruzar sus miradas y sus ideas.

Rodríguez se retira sin que pase por su imaginación la idea de que su vida ya no le pertenece y piensa quizá, con optimismo juvenil, que los Carrera terminarán por adueñarse del Gobierno de Chile. Cuenta, por lo demás, con San Martín y en

esta suposición no se equivoca, pues el héroe de Maipo convence a O'Higgins y se asciende a Rodríguez a Teniente Coronel de la República con el sueldo y los gajes correspondientes.

Es posible que sus ímpetus revolucionarios se hubieran quietado ante la actitud de San Martín y O'Higgins, amplia y generosa en lo que se refiere a sus valores personales, pero el desastre de Cancha Rayada da al traste con sus propósitos de enmienda y precipita trágicamente su caída.

El inesperado ataque de Ordoñez al campamento patriota origina en Santiago un pánico semejante al de Rancagua.

Se piensa en una segunda etapa de reconquista. El pueblo llena plazas y calles. Huasos venidos de los alrededores enjaezan mulas y preparan carretas para repetir el éxodo de los patriotas hacia Argentina.

Y Rodríguez, activo y verboso, entra de nuevo en acción. No calma los ánimos amedrentados de las gentes; al contrario, cree definitivamente derrotado al Ejército de San Martín, a pesar de las palabras mesuradas y optimistas de Cruz. Al grito de: «Aun tenemos patria, ciudadanos», distribuyó armas entre los rotos y allegados suyos y crea ese decorativo regimiento que llama Húsares de la Muerte, la calavera blanca sobre el oscuro cuello de la guerrera.

No dura, sin embargo, mucho esta embriaguez patriótica y revolucionaria, porque O'Higgins, siempre activo, al galope de su caballo y cubierto de polvo, llega a Santiago y la confianza renace en la ciudad.

Maipú, donde Rodríguez y sus Húsares no pelean, afianza en forma definitiva la libertad de Chile.

Y el epílogo.

O'Higgins impone su autoritaria voluntad a rebeldes e indiferentes.

Chile, dice en una carta, requiere palo de ciego, pero luego que siente el chicote no hay quien proteste.

En esta época llega a Santiago la noticia del fusilamiento

de los Carrera en Mendoza, y aunque Rodríguez acompañado de un amigo, penetra impetuosamente a caballo en el palacio del Director Supremo, la decisión de O'Higgins, en lo que se refiere al orden y disciplina de la República, se mantiene con firmeza.

Rodríguez es confinado en el cuartel de San Pablo.

En las reuniones secretas de la Logia Lautarina se está tejiendo el destino del desventurado guerrillero,

Monteagudo, que hizo fusilar a los prisioneros españoles en San Luis de la Punta y tuvo considerable parte en la muerte de los Carrera, es hábil en esta clase de intrigas. Tan hábil que no se conserva un solo documento de las sesiones en que se decidió la muerte de Rodríguez, sembrando la perplejidad entre los historiadores chilenos que la explican atribuyéndola a unos y a otros, según el clima de su ideología.

Un oficial español, del batallón Cazadores de Los Andes, especie de legionario de aquel tiempo, pagado por el ejército patriota, es el verdugo escogido, posiblemente por Monteagudo, para exterminar al Coronel don Manuel Rodríguez, por convenir a la tranquilidad pública.

Artero y cínico, Navarro se ha ganado la confianza de Rodríguez, concediéndole bajo su palabra (conocía la lealtad varonil del héroe) la libertad en las noches, para que el guerrillero haga su vida habitual en los arrabales santiaguinos.

Rodríguez pudo salvarse, si él hubiera querido; pero su habitual astucia no le suministró los medios en ese instante o bien, derrotado interiormente, nunca supuso que se le ultimaría en forma tan alevosa.

Durante todo ese viaje, al margen del regimiento que se trasladaba de guarnición (toses de soldados, palabras entrecortadas, ruido de herrajes) Rodríguez se reconcentra en sí mismo y oye la voz de su corazón y esto acalla su inquieto monólogo interior.

Mes de mayo. De la cordillera, oculta en la negrura de

la noche, descienden ráfagas de aire fresco, el aire de Chile que él, eterno vagabundo, ha respirado tantas veces con voluptuosidad.

Parpadean en lo alto de un cielo oscuro las estrellas. Una lechuza ulula en el ángulo negro de una quebrada. En una vega, se oye el *ter ter* de los queltehues avisores. Respira el aire de su tierra y, sin embargo, es como si marchara entre las paredes de un calabozo.

La incertidumbre de su destino quiebra su voluntad férrea. Por instantes, cuenta anécdotas y ríe con sus acompañantes como para alejar la idea que revoletea en su conciencia. Otras, se calla y entonces el campo le habla con sus perros ladradores y con los ranchos, donde una luz roja de chonchón araña las sombras húmedas. Viene el día, un día claro y fresco de otoño.

Rodríguez se dirige al teniente mendocino Maury y recordando su vida en Argentina, le propone un churrasco a la cuyana como almuerzo. Ha de ser su última comilona criolla, como él la hizo tantas veces al aire libre y con sus compañeros de correrías.

Y mientras el asado destila jugo frente a la fogata de espinos y más tarde cuando la carne sabrosa cruje entre los dientes de los comensales, la muerte ronda, insidiosa e implacable, sobre su cabeza juvenil y sobre su alegría de vivir.

Hace rato que el regimiento ha reanudado el camino. La soledad del campo rodea al prisionero y al piquete que lo custodia. Melancólica, la risa de una turca gargariza en la quebrada.

Al anochecer, Navarro, que conoce los hábitos de Rodríguez, lo convida donde unas niñas que venden licor y cantan tonadas, en el Cajón de Tiltil.

Van caminando en la penumbra. La tarde se disuelve en tinta de perlas sobre las colinas del Poniente. Palpitan en el cielo limpio las primeras estrellas.

Una lechuza levanta su vuelo aterciopelado de entre unos litres, a la orilla del camino.

Navarro traidoramente desvía la atención de su víctima:

—¡Mire, Rodríguez, que ave tan rara!

Vuelve Rodríguez la cabeza y el asesino dispara hiriéndolo en el cuello. Caer del caballo y ya en la tierra se yergue ofreciendo con voz vencida (todo su amor a la vida está en estas palabras balbuceantes) su anillo para que no lo ultime.

Se acerca el piquete a todo galope. Los soldados (no deben saber quien es Rodríguez) disparan sus rifles y el cuerpo, herido de muerte, se estira en convulsiones agónicas.

Lo arrastran por la tierra y lo arrojan a un zanjón, cubriéndolo con ramas que desgajan de los árboles cercanos.

Y el campo, el campo de Chile, lo recibe como reconociéndolo. Es el mismo que recorrió al brioso galope de su caballo para libertarlo de los opresores que lo agobiaron durante siglos.

Cayó el silencio sobre el crimen. Nadie se atrevió a protestar y los que querían lealmente a Rodríguez se callaron.

Navarro, además del anillo del héroe, recibió el reloj que Rodríguez llevaba en el momento de caer.

Y cuando los jotes de los cerros y los perros de los campesinos, habían deshecho casi el cuerpo del guerrillero, un hacendado de Tiltil, mediante la ayuda de dos de sus inquilinos, metió el resto del cadáver en un costal y lo llevó a la capilla de Tiltil, en cuyo modesto altar fué sepultado hasta que un proceso judicial, un siglo más tarde, reconoció los restos de Rodríguez y los trasladó a Santiago.

Sin embargo, no se hizo luz alguna sobre los móviles directos del asesinato, aunque se suponían, a pesar de la violenta disputa de O'Higgins y de Carlos Rodríguez, hermano de Manuel, en Lima y de los esfuerzos periodísticos de Vicuña Mackenna, en 1877, para rehabilitar al héroe.

El cadáver se deshizo en un rústico cajón en la capilla de Tiltil hasta el año 1894, en que fué reconocido.

Una pirámide señala aun el lugar del asesinato.

El campo y la población campesina de los contornos habían adoptado definitivamente al héroe popular, encendiéndole velas y pidiéndole lluvias propicias y ventajas para sus cosechas.

Al restituirlo a la historia de la patria, se cumplía, igualmente, una de las dos características de su vida, tal vez la que más ambicionó y la menos valiosa de su temperamento, la que lo arrastró, en un derroche de vitalidad y de acción prodigiosas, a la tragedia prematura de su vida.

Una señora de Tiltil, al llevar los restos del héroe a Santiago, sintetizó su sentir y el sentir de todo el pueblo, en estas simples palabras:

—«¿Se lo llevan, entonces? Nos quitan el único tesoro que teníamos».